HARLEQUIN™

Jazmín™

BODA a la VISTA

Amor puro

Judy Christenberry



Amor puro

Judy Christenberry



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Judy Russell Christenberry. Todos los derechos reservados.
AMOR PURO, N.º 28 - 11.2.09
Título original: The Texan's Tiny Dilemma
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6920-1
Depósito legal: B-52996-2008
Editor responsable: Luis Pugni

PRÓLOGO

TERESA Tyler se apartó del inodoro, agotada. Llevaba dos semanas vomitando todas las mañanas.

Al principio quiso creer que era la gripe o algo parecido, pero empezaba a pensar que estaba equivocada. Intentando controlar el temblor de sus manos, sacó la cajita que había comprado en la farmacia y leyó el prospecto. Supuestamente era de uso fácil, o eso decían las instrucciones, pero a ella nada le parecía fácil en aquel momento.

Después de hacer lo que indicaban las instrucciones empezó a pasear por la casa, pero sabía cuál iba a ser el resultado. Para ser sincera, casi lo había adivinado tras la primera falta, aunque no le había pasado nunca.

Porque no había planeado que le pasara. En absoluto. Lo cual era una estupidez por su parte. Estaba tan locamente enamorada que todo le había parecido tan natural, tan perfecto…

Había llegado el momento. Teresa tomó la barrita con dedos temblorosos y comprobó cuál iba a ser su destino.

Estaba embarazada.

CAPÍTULO 1

EMBARAZADA de cuatro meses, Teresa Tyler no se movía a la misma velocidad que antes y el teléfono sonó tres o cuatro veces antes de que pudiera contestar.

–Acabo de darme cuenta de que no te he visto en un mes. ¿Por qué no vienes a cenar esta noche?

Era su hermana, Tommie, que a veces se tomaba muy en serio su papel de hermana mayor de las trillizas y, a veces, parecía más la madre Teresa que una hermana.

–He invitado a Tabitha y a mamá, con Joel, claro. Y a la madre de Pete y a su hermano. Será una cena familiar. Dime que vas a venir, anda.

Asustada, Teresa contestó inmediatamente:

–No puedo.

–Pero… ¿por qué?

Ella respiró profundamente. Sabía que llegaría ese día. Y seguramente aquella noche

era tan buena como cualquier otra para revelar su secreto.

–Iré, pero con una condición.

–¿Cuál? –preguntó Tommie.

–Que Tabitha y tú vengáis a mi casa a comer. Sólo las chicas.

Su hermana vaciló.

–¿Hoy? Bueno, de acuerdo. Llamaré a Tabitha.

–Estupendo. Nos vemos a la una, ¿te parece?

Después de colgar, Teresa dejó escapar un largo suspiro. Casi era un alivio contarles la verdad a sus hermanas. Era inevitable en cualquier caso. No podía alargarlo para siempre. Además, necesitaba a Tommie y Tabitha de su lado cuando tuviera que enfrentarse con su madre durante la cena.

Pero lo primero era lo primero. ¿Cómo iba a decirles a sus hermanas que estaba embarazada y que tenía intención de criar a su hijo sola?

Por el camino, Tommie Tyler Scholfield recogió a su hermana Tabitha.

–¿Tú has visto a Teresa últimamente?

–No, qué va. Se pasa el día escribiendo su

libro. Y eso no es fácil después de dar clases todo el día.

–¿Está dando clases? Una de las chicas que trabaja con Pete me dijo que Teresa ya no estaba en el colegio.

–¿Cómo que no? A mí no me ha dicho nada. Qué raro, ¿verdad?

–Pete opina que es porque siempre nos estamos metiendo en su vida. Me lo dice todo el tiempo –suspiró Tommie, mientras aparcaba el coche frente a la pequeña pero bonita casa de su hermana.

–Porque él no lo entiende –dijo Tabitha–. Nosotras siempre hemos cuidado de Teresa. Sólo tiene seis minutos de vida menos que nosotras pero… es como lo de que tú siempre seas la jefa aunque sólo nacieras dos minutos antes que yo.

–Bueno, pues me alegro de que hayamos quedado a comer. A ver si nos cuenta qué está pasando.

Teresa abrió la puerta llevando unos vaqueros y una camisa ancha sobre una camiseta.

–Entrad, entrad –sonrió ampliamente y las abrazó a las dos. Las había echado de menos durante las últimas semanas. Más que nunca, seguramente.

–¿Cómo estás? –preguntó Tommie.

–Bien –murmuró ella, entrando en la cocina.

–Parece que has engordado un poco, ¿no? –comentó Tabitha–. Estábamos preocupadas.

Sin contestar a la pregunta, Teresa señaló la mesa de la cocina.

–Sentaos. Tengo que contaros una cosa.

Tommie y Tabitha se miraron mientras ella sacaba una quiche del horno y la cortaba en porciones para ofrecerla con una ensalada verde como primer plato. Pero después de servir té helado para todas, se sentó frente a ellas.

–Tengo algo que contaros… –empezó a decir–. Lo primero, he dejado de dar clases.

Esa revelación tomó a las dos hermanas por sorpresa.

–Me habían dicho que ya no estabas en el colegio, pero… –empezó a decir Tommie.

–¿Cómo piensas pagas las facturas? –la interrumpió Tabitha.

–Estoy viviendo de mis ahorros. Me he tomado un año sabático para dedicarme por completo a mi libro.

–¿Nos has invitado a comer para decirnos que has vendido tu libro de cuentos infantiles? –exclamó Tommie.

–No, aún no –suspiró Teresa–. Lo otro que

tengo que contaros es… un poco más dramático. Veréis… estoy embarazada.

Sus dos hermanas la miraron en silencio durante unos segundos.

–¿Vas a casarte? –preguntó Tommie por fin.

–¿Con quién? –quiso saber Tabitha.

Teresa miró la quiche y luego a sus hermanas.

–No, no voy a casarme.

–¿Por qué no?

–Porque el niño y yo somos una familia. No necesitamos a nadie más. Bueno, además de a mamá y a vosotras dos, claro.

–Pero no lo entiendo… –empezó a decir Tommie–. ¿Querías a ese hombre lo suficiente como para quedarte embarazada pero no quieres casarte con él?

–La relación no funcionó, Tommie. Esas cosas pasan –Teresa se levantó para tomar algo de la encimera y luego se volvió hacia ellas–. No quería dar la noticia en tu casa esta noche, así, de repente.

–¿Necesitas algo? –le preguntó Tabitha–. ¿En qué podemos ayudarte?

–No os lo he contado porque necesitara vuestra ayuda. Os lo he dicho porque quería que lo supierais… y para compartir con voso-

tras mi felicidad. Estoy muy contenta, en serio.

–Nosotras también, cariño –dijo Tommie, levantándose para abrazarla.

Tabitha hizo lo mismo.

Cuando volvieron a la mesa, su hermana mayor le preguntó:

–¿De cuánto estás?

–De cuatro meses.

–¡Es de ese chico con el que salías cuando me casé! –exclamó Tommie–. Pues no me gustaba nada.

–No saliste con él durante mucho tiempo, ¿no? –preguntó Tabitha–. Sólo te vi con él un par de veces.

–No, es… –Teresa no terminó la frase, incómoda–. Bueno, el caso es que esa relación no funcionó –luego tomó el tenedor y se lanzó sobre la quiche como un leñador a la hora del almuerzo–. Vamos a comer, antes de que se enfríe.

Jim Scholfield se dirigía a casa de su hermano esa noche, aunque no le apetecía nada. La cena no era sólo para los Scholfield, sino también para la familia de Tommie. ¿Estaría Teresa allí? Habían pasado meses desde la úl-

tima vez que se vieron y la idea de volver a verla lo llenaba de inquietud.

Antes de que pudiera recuperar la compostura, su madre, a quien había llevado en el coche, salió de él para llamar al timbre. Evelyn Scholfield estaba feliz con el matrimonio de Pete y se consideraba afortunada por tener una nuera tan encantadora. También él apreciaba a Tommie, que ahora lo ayudaba a atender a Evelyn, liberándolo de parte de la responsabilidad.

Pete abrió la puerta con una expresión rara.

–Estábamos empezando a preocuparnos. Sois los últimos en llegar.

Jim se disculpó antes de que su madre empezara a quejarse, como siempre.

–Es que tenía mucho trabajo en la oficina.

–No pasa nada. La pasta no ha terminado de hacerse.

–¿Tú eres el chef esta noche?

–Sí, pero Tommie ha comprado una tarta, así que al menos estáis a salvo con el postre –rió Pete.

–No estaba preocupado –sonrió Jim. Y luego hizo la pregunta que lo había preocupado durante todo el camino–: ¿Está Teresa aquí? Hace mucho que no la veo.

–Nosotros tampoco –respondió Pete, mi-

rando a su hermano con una expresión muy rara.

Jim se preguntó por qué. Pero cuando entró en el salón y oyó las palabras «Teresa» y «embarazada» supo la razón.

Teresa estaba embarazada.

Claro que, si lo estaba, debía de ser de pocos meses, porque no se lo notaba nada.

Su madre, sin embargo, no vaciló en constatar lo obvio:

–¡Estás embarazada, enhorabuena! –exclamó–. No sabía que te hubieras casado.

–Hola, Evelyn. No, no me he casado, pero estoy esperando un niño. Y empieza a ser difícil esconderlo –estaba sonriendo, pero se había puesto colorada como un tomate.

–¿Y dónde está el padre?

Jim sabía que su madre la estaba avergonzando con sus preguntas, pero estaba demasiado interesado en la respuesta como para interrumpir.

¿Quién era el padre del niño?

–El padre y yo… ya no estamos juntos. Voy a criar a mi hijo sola –Teresa volvió a sonreír, pero era evidente que estaba nerviosa.

–Y nosotras la ayudaremos –afirmó Ann Tyler, acercándose para abrazar a la más pequeña de sus trillizas.

Pensando que era su deber animarla, quizá para compensar la torpeza de su madre, Jim intervino:

–Seguro que serás una madre estupenda.

Teresa se volvió hacia él un momento y luego clavó la mirada en el té helado que tenía en la mano.

Pero él no podía dejar de mirarla. Llevaba el largo pelo rubio sujeto con la típica trenza y parecía un poco pálida. Si era por su estado o por tantas preguntas, no lo sabía. Pero, sin darse cuenta, miró sus pechos, más grandes ahora que estaba embarazada. Tendría que dar el pecho al niño… Jim detuvo esa imagen mental antes de que empezara a formarse.

Él ya no tenía una relación con Teresa, se recordó a sí mismo. Y así era como tenía que ser. Meses antes, cuando su hermano gemelo volvió a Fort Worth, Texas, y conoció a Tommie en la inmobiliaria, se empeñó en que, mientras él salía con Tommie, él saliera con Teresa. Y, al final, Jim se encontró siendo la pareja de Teresa en cenas, eventos, salidas al cine... Pero había decidido cortar con ella. No por Teresa, que era una chica muy guapa y muy agradable, sino porque no se sentía cómodo saliendo con su hermano y su novia. Lo habían intentado antes con desastrosos resultados.

Y lo mejor sería recordarlo, se dijo a sí mismo.

Evelyn, sin embargo, seguía interrogando a Teresa:

–¿Y cómo vas a arreglártelas sin el padre del niño?

–Mi madre nos crió a las tres sin un padre –intervino Tommie.

–Ah, se me había olvidado. Probablemente porque siempre pienso en Joel como parte de la familia.

La madre de las trillizas se aclaró la garganta.

–Bueno, por cierto, Joel y yo tenemos algo que anunciar.

Joel se acercó a Ann que, con cincuenta años, seguía siendo muy guapa.

–Vuestra madre ha aceptado casarse conmigo… si ninguna de vosotras tiene objeción.

Las trillizas se acercaron para abrazar a la pareja.

–Estamos encantadas –dijo Teresa, un sentimiento que compartían las demás.

–Ya le dije que os alegraríais mucho –Ann tenía lágrimas en los ojos.

–Pues claro que sí –Teresa consiguió sonreír, emocionada–. Y ahora mi niño tendrá un abuelo… si te parece bien, Joel.

El hombre, tímido y afable, tartamudeó:

–Yo… estaría encantado.

Jim felicitó a la pareja, pero no estaba pensando en la próxima boda de Ann Tyler, sino en el embarazo de Teresa.

–¿Cuándo nacerá el niño? –preguntó de repente. No podía dejar de hacer cálculos.

Sin mirarlo, ella contestó:

–En cuatro meses, más o menos.

Cuatro meses… entonces debía de haberse quedado embarazada más o menos cuando Pete y Tommie se casaron. Recordaba al hombre que había ido con ella a la boda. No le había gustado nada ese tipo. Era demasiado… tocón. Durante todo el banquete no había dejado de manosearla.

Antes de que Jim pudiera seguir haciendo preguntas, Tommie les pidió a todos que se sentaran para cenar. Mejor, se dijo él. Al fin y al cabo, aquello no era cosa suya.

–Y he asignado los asientos, así que cada uno tiene su sitio –rió Tommie–. Encontramos estas tarjetas tan bonitas hace un par de semanas y estaba deseando usarlas.

Jim encontró su nombre entre Tabitha y Tommie, a un lado de la mesa. Al otro estaba Teresa, junto a Pete. Estaba tan lejos que cuando su madre le preguntó si sabía el sexo del niño, tuvo

que inclinarse hacia delante para escuchar la respuesta.

–Voy al ginecólogo el miércoles para que me haga una ecografía. Creo que entonces me lo dirá. Pero la verdad es que no sé si quiero saberlo.

Las dos hermanas protestaron:

–¡No, no, tenemos que saberlo antes de pintar la habitación! –exclamó Tommie.

–Y si es una niña podemos comprarle vestiditos –dijo Tabitha.

–Niñas… –las regañó Ann–. Teresa es quien está embarazada y será ella quien tome las decisiones.

–¿Cuánto tiempo vas a seguir dando clases? –preguntó Jim.

–Pues… la verdad es que ya no estoy dando clases. Me he tomado un año sabático.

–¿Y quién cuida de ti? –preguntó él, sin pensar.

–Yo cuido de mí misma –contestó Teresa, sorprendida–. Agradezco tu preocupación, pero no tengo ningún problema.

–¿Sigues en contacto con el padre?

Ella apretó los dientes.

–Pues no, no tengo contacto con él.

Pete apretó su mano.

–Bueno, creo que todos hemos entendido

el mensaje, cariño. Nadie volverá a hacerte preguntas.

Como acompañó sus palabras con una mirada de reproche, Jim cerró la boca.

Se quedaron haciendo sobremesa después de tomar el postre, charlando, intercambiando noticias y discutiendo planes.

–Ah, por cierto –dijo Tommie–. ¿Has empezado a decorar la habitación del niño, Teresa?

–No, aún no. Hasta ahora usaba esa habitación como estudio, así que tendré que mover los muebles.

–Pero recuerda que no debes pintarla tú.

–Yo creo que eso son cosas de vieja. Ahora hay pinturas completamente inofensivas.

–Podríamos ir a pintarla el sábado…

–¡No! –la interrumpió ella–. Gracias, pero tengo mucho tiempo libre para hacerlo. En serio.

Todos se quedaron en silencio.

–Agradezco vuestro apoyo y sé que seguramente cometeré errores, pero quiero hacerlo sola –Teresa miró alrededor, nerviosa.

–Seguro que lo harás muy bien –intervino Jim que, a cambio, recibió una cálida sonrisa. La primera sonrisa de Teresa desde que le dijo que no quería seguir saliendo con ella.